

# EL PACTO DEL ANEXO, CUESTIÓN DE ESTADO CATALUÑA

## 1

Los dos estábamos cansados, después de una mañana calurosa cubriendo la Comparecencia Pública del presidente catalán Artur Mas en Blanquerna, el Centro Cultural que, con el nombre de una novela del mallorquín Ramón Llull, se encuentra en la calle de Alcalá madrileña y depende de la Generalitat de Cataluña.

En los sótanos de Blanquerna, contiguos a los subterráneos del Banco de España y al lado de la estatua de La Cibeles, el Molt Honorable<sup>1</sup> había convocado a la Prensa para informar de su entrevista con el Presidente del Gobierno Mariano Rajoy. Y allí habíamos ido mi amigo Rodrigo y yo, los dos cronistas en el Congreso de los Diputados, él para la cadena de televisión pública TVE y yo para Diario Digital. En nuestros medios, a ninguno de los dos nos debería haber tocado asistir al acto, pero, como estaba a un paso del Palacio de las Cortes en el que trabajábamos, allí nos mandaron. Y allí fuimos, con corbatas, chaquetas y calor.

Las reseñas del acontecimiento, después de un paseo andando y dos cervezas sin alcohol en Casa Manolo, las escribimos en los ordenadores de las instalaciones que hay para la prensa en los bajos del Congreso; y desde allí las mandamos. Cuando terminamos, ya eran las tres y cuarto, algo tarde para subir a comer al restaurante de la Tercera Planta. Optamos por bajar al túnel e ir al Comedor del Anexo<sup>2</sup>, más cercano, más pequeño y al que sólo vamos algunas veces, cuando queremos contactar con los diputados de los grupos minoritarios, que son los que suelen frecuentarlo.

Acabamos de comer y, ya tarde para jugar la partida de mus de algunos días, era el momento de buscar un sitio en el que pegar la cabezada y entregarnos por unos minutos a los brazos de Morfeo. Después habría que ver qué se hacía, o no se hacía, en la Comisión Parlamentaria de Defensa, la única fijada para esa tarde.

Los mejores lugares para dormir la siesta en el Congreso de los Diputados son los sofás y sillones que hay por los pasillos y recovecos del viejo edificio del Palacio de la Carrera de San Jerónimo. Porque en el Anexo, que es más moderno y funcional, apenas si hay sillones.

- Nos ha fastidiao er Arturito Pero. A ver dónde echamos hoy la siesta. - dije yo mezclando la locución andaluza 'fastidiao er' con 'Arturito Pero', que es el apodo que, en diminutivo y cambiando las adversativas "mas" por "pero", usa

---

<sup>1</sup> Molt Honorable: Tratamiento dado al Presidente de la Generalitat de Cataluña.

<sup>2</sup> Anexo: Se refiere al edificio Anexo al Palacio de las Cortes, al que se accede por un túnel que pasa por debajo de la Carrera de San Jerónimo.

Duhalde, el redactor Jefe del periódico para el que escribo, para referirse al sucesor de Jordi Pujol.

- Hay un sitio que ya hemos estrenado y que hoy nos va a valer. – dijo Rodrigo.

Salimos al pasillo, devolvimos el saludo a dos diputados catalanes que charlaban en un grupo con otros diputados cerca de la puerta del comedor, pasamos al lado de los ascensores, y saludamos a un ujier que luchaba contra el sueño amuermado en un sillón ante una mesa. Después seguimos hasta las escaleras, que dan acceso al túnel que comunica el Anexo con el Palacio de las Cortes, y giramos hacia la derecha, hacia el pasillo ancho e inclinado por el que se va al garaje.

- Aquí no se está mal. Pasarán los que vayan al garaje, pero a estas horas no hay mucho tráfico. Es un buen sitio. Y los sillones son más cómodos que los de arriba. – dijo mi amigo al sentarse en uno de los dos butacones de piel ocre, después de librarse de lo que él llama los cachivaches modernos del oficio: chaqueta, corbata, libreta, tableta, dos teléfonos móviles, y unos Pilot V<sup>3</sup> del número 7 de colores.

Yo hice lo propio en otro sillón, casi enfrente de la puerta del garaje y de espaldas a unos cuadros antiguos con retratos de reyes medievales. Ambos dejamos que nuestros pies descansaran sobre una mesa baja, con cuidado para no rozar con los zapatos una bandeja de madera barnizada, llena de arena y con un par de minúsculos rastrillos que se apoyaban en la parva de sílice. Y que, comprobé, servían para combatir la desazón y el stress moviéndolos con calma para componer y dibujar toda suerte de dibujos y filigranas relajantes en la arena.

- Parece que los Araneses no aparecen. No sé qué hacían ahí todos juntos - dije yo, al ver que el grupo que habíamos saludado no asomaba por allí.

- Ni los Araneses ni los otros. Estaban muy metidos en la charla. Y eso es algo que se me empieza a salir de ojo, porque ese grupo lo forma una docena un tanto especial. Sí, esa docena del corrillo es rara. Más que especial, es rara. – contestó mi amigo arrellanándose en el asiento.

- Tan rara que es una docena de quince. – corregí, tras un recuento.

- Son muchos para una coincidencia. Demasiados. Y mezclados. Parece como si se hubieran elegido para algo.

---

<sup>3</sup> Pilot V: Bolígrafos de tinta líquida, que fluye controlada desde un depósito y que permite una escritura constante y uniforme

Me quedé tranquilo, con los pies en alto, con la cabeza apoyada en el respaldo, y sintiendo un ataque de sueño que contuve para no abandonarme a la modorra.

La noticia del día debería haber sido la comparecencia del Presidente de la Generalitat de Cataluña en Madrid, que, se había especulado, podría haber tratado de imponer a Rajoy alguna de las exigencias que a lo largo de los últimos tiempos había esbozado ante la prensa. Pero el contenido de la misma, con el atrezo impuesto y las protestas de los periodistas reunidos en el sótano, a pesar de la publicidad y de las alharacas de la convocatoria, se había quedado en nada. Ni siquiera en el turno de preguntas hubo una nota que tomar o alguna idea importante. Sólo la capacidad del President para expresarse en tres idiomas: catalán, inglés y castellano. Y por ese orden.

Para no dejar que las fases oníricas, de rem o pre rem, se hicieran dueñas de mi consciencia, pasé de lo ocurrido en el Centro Cultural Blanquerna y me concentré en el grupo de diputados que habíamos visto. Como Rodrigo había observado, parecía importante; y posiblemente noticiosa la conversación, o conciliábulo, del grupo en el que estaban los Araneses.

El nombre de los Araneses se debía a que dos de los diputados eran del Valle de Arán. El apodo se había extendido entre nosotros porque uno de ellos, a la hora de jugar al mus, usaba una frase del valle pirenaico que servía como nombre de una firma de ropa; y que él pronunciaba a la hora de enseñar sus cartas tras los envites del juego: “Ei lo que ia”.

“Ei lo que ia”, en traducción libre “Esto es lo que hay”, además de por el mus, había hecho fortuna porque la había utilizado uno de ellos para definir la situación de la catalanidad en Cataluña, sometida, según él, a las penitencias de los independentistas de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC); y sin el contrapeso de estabilidad que antaño significaban los partidos no nacionalistas, de populares y socialistas, que equilibraban las tensiones internas del Grupo Convergencia i Unió (CIU), formado por los convergentes de Convergencia Democrática de Catalunya (CDC) y los liberales de Unió Democrática de Catalunya (UDC). Porque, había argüido:

- Allá arriba estamos a lo que salga. Porque esto de la catalanidad no es tan sencillo como hacer una tosta de “pa amb tomàquet”<sup>4</sup>. Esto es mucho más complicado. Y más importante. Pero es lo que hay: Ei lo que ia.

Para no entrar en conversación con Rodrigo y permitir que descansara, seguí especulando con el porqué del conciliábulo. En el grupo estaban: Los dos Araneses, que pertenecían a los socialistas catalanes del Partido Socialista de

---

<sup>4</sup> Pa amb tomàquet: O Jamón a la catalana. Es una tostada, o tosta, de Pan con jamón, untada con aceite y tomate.

Cataluña (PSC), o lo que quedara de él. Cuatro diputadas del montón, de las del tipo muñeca Barbie de edad no definida: dos ‘florencias’ del Partido Popular y dos socialistas embarazadas. Un diputado socialista gordo, serio y mayor, con peso en el Grupo Parlamentario y larga historia en las fontanerías monclovitas con Felipe González y Rodríguez Zapatero, de los llamados “PSOE pata negra”, no rubalcabado<sup>5</sup>; y acompañado de un catedrático gallego. Dos de los portavoces adjuntos del PP. Un diputado del Grupo Parlamentario vasco, del PNV. Los dos diputados que, desde Foro Asturias (FA) y Unión del Pueblo Navarro (UPN), aparecían como independientes aunque próximos a los populares. Y dos diputados catalanes de CIU: el portavoz liberal del grupo parlamentario, y el convergente portavoz adjunto.

- Quince. Y parece que han sido elegidos para algo - dije en voz baja.

- Puede que estén tramando algo – contestó en el mismo tono Rodrigo, que no estaba dormido y parecía pensar lo mismo que yo.

- O pactando. El Pacto del Anexo – pensé sin decir nada, recordando otro pacto, el del Tinell<sup>6</sup>.

Y es que, aunque en un sitio público tras una comida normal y sin nada que llamara la atención, alrededor del grupo había algo que, además de salirse de ojo a mi amigo, a mí me sonaba como una nota discordante a la que había que estar atento.

El número de ellos, quince, era importante. No tanto como para que los reunidos buscaran una sala para hacer una reunión formal, ni tan pequeño como para que la comida fuera el fruto de una simple coincidencia. También merecía la pena detenerse en la entidad de los presentes, en su realidad personal dentro de los grupos políticos a los que pertenecían y, lo que también era significativo, en la no presencia entre ellos de representantes de los otros grupos parlamentarios de la Cámara.

En la reunión para comer, informal o no, faltaba alguien de la Izquierda Plural, de Unión Progreso y Democracia y, con la excepción de los diputados navarro y asturiano, del resto de las formaciones que se habían integrado en el Grupo Mixto.

---

<sup>5</sup> Rubalcabado: Contracción de los vocablos Rubalcaba y Acabado, se usó durante un tiempo para referirse a los miembros del PSOE que, afines al Secretario General Alfredo Pérez Rubalcaba, vieron como su carrera política estaba en peligro de estar próxima a acabarse.

<sup>6</sup> Pacto del Tinell: Llamado así por haberse firmado en el Salón Tinell, de Barcelona, fue suscrito el 14 de diciembre del 2003 por El Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC-PSOE), Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) e Iniciativa per Catalunya Verds – Esquerra Unida i Alternativay (ICV-EUiA). Los firmantes se comprometían a no establecer ningún acuerdo de gobernabilidad con el PP en el Govern de la Generalitat de Catalunya e impedir la presencia del PP en el gobierno del Estado.

Pero es que la entidad de los reunidos no parecía ser un simple producto del azar. Me entretuve en repasarlos a todos. Empecé por “las preñadas”, en las que me había fijado en su momento por un comentario de Eduardo Madina, cuando advirtió el excesivo número de mujeres embarazadas que había en el grupo socialista.

- Es lógico que haya tantas embarazadas socialistas a estas alturas. Es el momento para que las que quieran tener hijos lo intenten. Se ha perdido el Gobierno, tienen que pasar la legislatura en la oposición y es un buen momento para intentar ser madres, antes de que se les pase el arroz.

- O antes de que empiecen las maniobras y los navajazos en el grupo, bien porque haya que recolocarse o porque existan posibilidades de que el partido se acerque al gobierno - había razonado sagaz Miriam, de Diario Digital, cuando comentamos el hecho.

Las dos socialistas, en avanzado estado de gestación y no novatas, pertenecían, como las populares, a lo que alguien había llamado arquetipo rubio y parlamentario de muñeca Barbie. Sin embargo, las dos tenían peso propio y no se habían significado, o quemado, con ninguna de las facciones del grupo político al que pertenecían. Parecían puestas a propósito para acompañar al “pata negra” y al incombustible catedrático gallego; y para servir de peso, o lastre, dentro del grupo en el que también estaban los araneses del PSC. Las populares, por su parte, más que por azar, parecían buscadas, entre las huestes del partido del Gobierno, para acompañar a los dos portavoces y, de alguna forma, atemperar las posibles iniciativas de los dos independientes; dos “florencias”, ajenas al clan de “los genoveses”, o a alguno de los “istas” no confesos de distinto pelo, filia o condición. Y, para acompañar o terminar la cuadrilla, el vasco del Partido Nacionalista Vasco, que volaba a diario con ida y vuelta entre Sondika y Barajas; y los dos catalanes, que equilibraban entre ellos las tendencias independentista y centralista.

En el silencio del pasillo, se empezaron a oír los pasos desacompañados y lentos de una pareja que se acercaba cuchicheando. Sin moverme, entreabrí los ojos y atisbé. No vi a nadie, sólo oí unos pasos que dejaron de oírse cuando se dirigían, tras unas esculturas modernas, altas y curvas, hacía el servicio de minusválidos. Pero sin aparecer, como si se hubieran parado, o escondido, entre las esculturas. Desde donde estábamos, si hubieran ido hacia el servicio, deberíamos haber visto a quien los daba, pero no apareció nadie.

Al cesar el ruido, eché un vistazo a mi amigo, que estaba despierto y, como yo, atento al ruido. Se puso el dedo índice en los labios, pidiéndome silencio; y me hizo un gesto de perplejidad, moviendo las dos cejas hacia arriba.

- ¿Hay salida detrás de esas esculturas? – pregunté en voz muy baja.

- No, ahí está la cámara acorazada del Banco Exterior de España. – me contestó con un tono de voz aun más bajo que el mío.

Recordé la vieja cámara acorazada, sobre la que no hacía mucho tiempo había hecho un artículo. Sí, por allí no se podía ir a otro sitio que a la cámara del Banco, que se enseñaba a algunos visitantes distinguidos. Recordé que, cuando lo escribí, hice unas fotos con el teléfono móvil; y que tuve que encender la luz para poder captar el espesor de la puerta, los vetustos mecanismos con los pasadores y ruedas de cierre y apertura, y el diámetro de los goznes de acero que blindaban la entrada: siete horizontales, que se encajaban a derecha e izquierda; y tres verticales, que hacían lo propio hacia arriba y hacia abajo.

- O están entre las esculturas, o se han metido en la Cámara.- pensé.

No los había visto, pero, por el ruido de los tacones, hice mis conjeturas. Uno de ellos era vivo y claro, posiblemente hecho por un tacón de unos zapatos altos, de los de aguja que usan las mujeres. El otro, más tenue y silencioso, parecía corresponder a un tacón grande de goma.

La conclusión me parecía un tanto peregrina, pero no dije nada. Miré hacia mi amigo y esboqué una sonrisa, que él correspondió, también sonriendo, guiñándome un ojo, e insistiendo con su índice en los labios para que me mantuviera en silencio.

Durante los siguientes ocho minutos pasaron ante nosotros un total de siete personas, que iban hacia el túnel: una señora de la limpieza, dos ujieres, dos diputados conocidos y una diputada con un niño agarrado de su mano. Pero de los escondidos nada.

Pasado ese tiempo, se oyó un carraspeo de fumador bronco y el murmullo quedo de una voz de mujer. Después, entre las esculturas, apareció una pareja, que echó a andar, ante nosotros, en dirección a la puerta del garaje. Eran el socialista patanegra Aitor Badiana y la popular Águeda Araujo, dos de los diputados que habíamos visto en la reunión ante la puerta del ascensor.

Al sentirlos cerca, cerré los ojos e hice como si durmiera. Supongo que Rodrigo debió hacer algo parecido, porque ellos pasaron ante nosotros a lo suyo, con sus bromas y sin hacernos caso.

Sin embargo, algo en ellos parecía raro. En sus cuchicheos y en la forma de tratarse había una especie de complicidad impropia de dos personas que, supuestamente, deberían comportarse sin la confianza e intimidad que parecía existir entre ellos. El hombre, adusto y poco hablador, era un “peso pesado” en su partido, conocido por su proximidad a los Presidentes de Gobierno socialistas, Felipe González y Rodríguez Zapatero. La mujer, en su segunda legislatura como diputada, se había curtido en las filas populares como senadora, llevaba una carrera política de las de perfil bajo, y parecía haberse empeñado en no

resultar beneficiada, ni afectada, por las adscripciones y afectos a las figuras femeninas del momento: la Secretaria General del partido María Dolores de Cospedal y Soraya Sáenz de Santamaría, Vicepresidenta del Gobierno de Mariano Rajoy.

El hombre se paró ante la puerta y, galante, intentó ceder el paso con un gesto.

- Pasa tú, machista. – rechazó la cortesía ella, mirándole burlona.

- Mejor tú.

- ¿Por qué?

- Me gusta verte el trasero.

- Toma y a mí me gusta verte el tuyo.

Al final, el hombre cedió y pasó ante la mujer, que aprovechó la ocasión para lanzarle un pellizco en el glúteo izquierdo.

Cuando se fueron, Rodrigo, que no dormía y había visto lo que yo, se incorporó e intentó desperezarse de un sueño que no tenía y que, de tenerlo, se habría ido con el pellizco que habíamos sorprendido.

- Benditas mujeres. Aunque sean diputadas, son la sal de la vida. – dijo.

- Otra manifestación más de los desarreglos pitagóricos. – dije yo.

- Sí, tu teoría de la armonía de las esferas de Pitágoras. – admitió.

– Tú dices que las cosas se te salen de ojo. A mí me gusta verlo como decía Pitágoras, usando esa teoría de la armonía de las esferas que decía él. Realmente, la actividad política nacional es como una especie de armonía entre todas las esferas políticas que existen. Los políticos, y los diputados, y las diputadas, cada uno en el mundillo de su esfera, forman parte de ese conjunto político nacional equilibrado y armónico. Como si cada uno de ellos viviera encerrado en su grupo, una especie de submundo, o pompa política pequeña cerrada y aislada de los demás. Con una dinámica propia, casi prevista, que interactúa con las otras esferas. Y que producen algo que conocemos y parece armónico entre ellos.

- Y que a veces desafina, como dices cuando te pones a filosofar en plan barato.

- Puede. Pero reconoce que esta filosofía barata le viene al pelo al tiento en el culo que le acaba de pegar la Araujo al pobre Badiana.

- ¿Pobre Badiana? Badiana es un caimán. Ya te contaré.

- Le conozco. He intentado pegar la hebra con él no sé cuantas veces y nunca he conseguido nada.

- Yo me lo encontré un día por la calle. Iba amorosito y de la mano con una ministra. Los saludé y durante un tiempo me devolvió el saludo, pero sólo durante un tiempo. Después se le fue olvidando que no utilicé lo que sabía sobre el romance. Y en aquel momento era noticia. El caso es que entonces investigué su situación: Adusto, serio, de pocos amigos, un tío raro. Y duro.

- Es la idea que yo tengo de él. Por eso, el pellizco de hoy es la nota discordante en la realidad armónica de Badiana.

- Sí. Lo hemos hablado muchas veces. Y es lo mismo: la noticia política. Una buena parte de todos los hechos políticos que se convierten en noticia generalmente vienen detrás de una salida de ojo, o, como dirías tú, de una nota discordante en una armonía que desafina. Y este pellizco en el culo puede ser la primera discordancia que llama la atención.

- O la segunda. La primera es la comida que han tenido todos estos, a la vista de todos y en el comedor del Anexo.

Decididamente, prescindimos del sueño, y, aparcando el episodio de la pareja, nos dedicamos a una actividad que a los dos nos divierte y que ya nos ha dado sus buenos frutos profesionales: el comadreo político de salón.

Aunque sin pretenderlo, la actividad había tenido sus orígenes en el Salón de Plenos del Congreso, o Hemiciclo, con ocasión de algunas de las escaramuzas políticas entre los grupos de la Cámara. Y es que, en medio de la Armonía de las Esferas Parlamentarias, o apacible concordia entre políticos de condición diversa, descubrimos algunas notas discordantes que rompían la armonía y tras las que pudimos descubrir, y seguir, toda suerte de situaciones y operaciones políticas interesantes: quimeras internas entre grupúsculos del mismo partido, pactos y triquiñuelas entre clanes, acuerdos de enmiendas para consensuar textos transaccionales, e incluso el nacimiento de alianzas o pactos importantes.

Fijándonos en los reunidos, valoramos la ausencia de los que faltaban. Parecía claro que la comida, reunión, toma de contacto o lo que fuera no había sido fruto del azar. Alguien debería haberla apetecido y convocado. Y, dada la entidad de los dos principales ausentes y la susceptibilidad innata de todos los que se dedican a la cosa pública, también resultaba evidente que los reunidos coincidían en una pretensión común.

Elucubrando sobre el tema, solté una idea.

- Unidad o rotura del Estado. Hoy Mas ha venido a Madrid a hablar con Rajoy. Puede que la unidad, que quiere mantener el bloque constitucional y de

la que pretenden sacar tajadas los independentistas, sea el motivo de la vista; y de la comida de todos estos.

- Puede, pero no encaja. Si lo que se trata es de encarar lo que pretende Mas, en esa comida sobra la gente de CIU y falta alguien de Rosa Díez y de Cayo Lara. Ninguno de los dos se quedaría al margen.

- A no ser que les quieran dejar al margen.

- ¿El bipartidismo? Puede que al PP y al PSOE no les convenga dejar que toquen bola los emergentes, pero a CIU y al PNV no les conviene cortar con ellos y plegarse al bipartidismo. También parece raro que los catalanes de CIU se avengan a comer con estos hoy y dejen de lado a su teórico jefe, que hoy está en Madrid. A esta comida han ido a algo y por algo. Y que la reunión se ha producido ya es vox populi, porque estos son como las solteras en vísperas de un segundo matrimonio. – razonó Rodrigo.

- ¿Qué pasa con las solteras de un segundo matrimonio? – pregunté.

- Tú es que, aunque ya eres abuelo, no estás en ese mundo.

- Tú también eres abuelo. – insistí.

- Sí, pero estoy en el mundo. Y en el mercado de las relaciones sociales. Y, si me apuras, también en el de las relaciones sexuales. Y, te lo aseguro, no hay persona más susceptible ni más celosa que una soltera de segundo matrimonio cuando trata de emparejarse, o de ver cómo y con quién se empareja algún posible candidato. Lo mismo les pasa a éstos. Ten por seguro que en Izquierda Unida y en Unión Progreso y Democracia ya se sabe que ha existido esa comida. Puede que alguno del Grupo Mixto no se haya enterado, pero es poco probable. Esto lo saben todos.

Tras un rato de comadreo, abrí el pequeño Directorio de la X Legislatura, que edita el Departamento de Publicaciones dependiente de la Dirección de Estudios, Análisis y Publicaciones del Congreso de los Diputados, busqué los apellidos de Araujo y Badiana, vimos las fotos nada agraciadas de los mismos y leímos los datos biográficos que ellos mismos habían facilitado en su día a la Secretaría General del Congreso de los Diputados.

- Licenciado en Derecho él, licenciada en Económicas ella, y casados los dos.- dije.

- Con dos hijos mayores él y cuatro más pequeños ella. No lo sé, pero lo mismo ella es del Opus. Son muchos hijos. Coño, alguien me ha dicho que su marido es detective privado. No sé si era ésta la que tenía un marido detective o

era Alegría Continente, que también son apellidos los de la maña<sup>7</sup>. Ya me enteraré – dijo Rodrigo, que tiene una facilidad asombrosa para asimilar datos y no olvidarlos.

- Él está divorciado. Pero ella no. – leí.

Rodrigo miró el reloj y advirtió:

- No sé si la convocatoria de la Comisión de Defensa era a las cuatro o a las cuatro y media. Si no ha empezado, va a empezar ya. Hoy van a tratar la Reforma del Régimen Transitorio de la Ley de la Carrera Militar. No creo que tenga mucha trascendencia, pero yo he de ir por si suena la flauta, o el cornetín militar.

- Te acompaño ¿Dónde es?

- Será en una de las salas pequeñas, porque es una Subcomisión y no creo que la metan en las de Lluç, Constitucional o alguna de las Grandes.

Miré en El orden del Día que facilita el departamento de Prensa del Congreso y leí:

- Sala Lázaro Dou.

- Don Ramón Lázaro de Dou y de Bassols. Liberal. Y el primer Presidente de las Cortes de Cádiz. – precisó Rodrigo, estudioso de las Cortes Españolas.

Nos levantamos, recogimos los bártulos y cruzamos por el túnel hacia el edificio de El Palacio. Una vez en él, giramos hacia la derecha, tomamos el ascensor y llegamos a la Primera Planta.

La Comisión hacía tiempo que había empezado, pero mi amigo, que cree que el saludo es importante, como hace siempre, saludó a la doctora que atiende las emergencias sanitarias, que iba hacia su despacho; y se entretuvo con don Luis, el ujier que estaba de servicio junto a la puerta de Intervención, hablando sobre un hijo que estudia periodismo y es alumno suyo.

Mientras tanto, yo doblé la esquina y esperé junto a la puerta de la Sala Argüelles. Entonces, en el pasillo y al lado de mí, se abrió y cerró una puerta con sigilo. Era la diputada Araujo, que, esta vez sí, se fijó en mí. Me miró un momento, me hizo un gesto ambiguo, se estiró la falda, se colocó bajo el brazo una carpeta, avanzó el busto hacia adelante y se dirigió hacia la puerta de la Sala Lázaro Dou.

Unos segundos después se volvió a abrir y cerrar la puerta, esta vez sin cuidado alguno, y salió el diputado Badiana que, aunque me vio, evitó el saludo

---

<sup>7</sup> Alegría Continente. Se refiere a doña María Pilar Alegría Continente, diputada socialista por Zaragoza en las Legislaturas IX y X.

y se dirigió hacia los ascensores. Al pasar ante Rodrigo y el ujier, les ofreció un conciso buenastardes.

Otra nota, más que discordante, alarmante en la armonía pitagórica de las burbujas parlamentarias que consonaban alrededor.

Miré a Rodrigo, vi que devolvía la cortesía a Badiana y seguía en conversación con el ujier, y decidí sentarme en uno de los sillones del pasillo, para consultar en mi tableta y ver quiénes eran los parlamentarios adscritos a la Comisión de Defensa interesados en la Reforma del Régimen Transitorio de la Ley de la Carrera Militar.

- Nos hemos quedado sin siesta. Sí te apetece, quédate ahí en lo que yo echo un vistazo para ver qué se cuece dentro. Ése es un buen sillón para dar una cabezada. – me dijo Rodrigo, tras despedirse del ujier.

- Espera. – pedí. E hice ademán de levantarme del viejo y ahuecado sillón, con unos muelles tan deteriorados que casi descansaba en el suelo.

Rodrigo me dio la mano, tiró de mí hacia arriba e hizo el comentario jocoso antes de dirigirse a la puerta de la Sala Lázaro Dou:

- Achaques de la partida de nacimiento.

- Espera. – insistí ya de pie.

Ya echaba la mano hacia la manilla de la puerta de la sala, pero se dio la vuelta.

- ¿Qué pasa? – me preguntó.

- Esa puerta. – señalé la puerta cerrada por la que acababan de salir la diputada Araujo y el diputado Badiana.

- ¿Qué pasa con esa puerta?

- ¿Qué hay ahí dentro? – pregunté.

- Ni idea. No la he abierto nunca. No sé qué hay dentro.

La puerta era muy grande y parecida a todas las del pasillo, de dos metros y medio de alto por uno de ancho, con los pomos brillantes, una cerradura de bronce sin llave, la madera oscura y lacada, y a juego con todas las demás,

- Pues voy a verlo.- resolví.

Giré la manilla, abrí la puerta y apareció un cuartucho pequeño del mismo ancho que la hoja de la puerta y con un fondo de algo menos de metro y medio. En el frente había un armario metálico colgado de la pared y cerrado, de esos que albergan fusibles e interruptores eléctricos. Y en el suelo dos papeleras

apiladas, un mango de palo con una gamuza debajo, un cepillo de barrer viejo, una fregona con dos bayetas secas, y muchos pañuelos de papel arrugados y usados.

Me agaché, examiné los papeles uno por uno, comprobé que tres de ellos estaban manchados de carmín mate, vi que los otros estaban húmedos, y los cogí todos.

- Toma. Guárdate tú éstos. Puede que sean importantes. – le ofrecí a Rodrigo dos de los pañuelos manchados de carmín y otros tres arrugados y húmedos.

- ¿Que me guarde unos pañuelos de papel sucios y llenos de mocos?

- Creo que eso no son mocos. Y si logramos el ADN que hay ahí y lo cotejamos con unas muestras de ADN de unas personas que no creo sean difíciles de conseguir, puede que hayamos descubierto algo importante.

- ¡Miedo me das! Alejandro, me das miedo.

- Pues no lo tengas. Si quieres, guarda los papeles. Si no, dámelos a mí, que ya los guardo con el resto. Aunque, se me está ocurriendo algo que quizás merezca un agradecimiento eterno por alguna de sus muy ilustres señorías.

- No te entiendo. ¿Me he perdido algo?

- Vamos dentro. A echar un vistazo y ver qué se dice en esa Comisión. – dije tomando sus pañuelos de papel arrugados y uniéndolos con los míos.

Después hice tres bloques y cada uno de ellos lo protegí con dos pañuelos míos limpios, que saqué del paquete que llevo en el bolso derecho de mi chaqueta y que uso para combatir los efectos mocosos de la alergia. Cogí dos de los bloques, los guardé en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y el tercero de ellos, el más voluminoso, lo mantuve en la mano al llegar a la Sala.

- Coño. Me he equivocado, es la Comisión de Defensa y no podemos entrar.- avisó Rodrigo, pero ya había abierto la puerta.

La Sala Lázaro Dou es una de las salas más pequeñas de las que se usan para las reuniones de Comisiones Parlamentarias. Tiene una mesa ovalada y grande en el centro, y alrededor de ella estaban una veintena de diputados, sentados y escuchando a una mujer de mediana edad, baja y con deje gallego que hablaba de cuestiones militares. No había ningún periodista dentro. Al aparecer nosotros en la puerta, se calló la mujer; y todos nos miraron, como censurando nuestra presencia. Podríamos argüir que el ujier, que estaba en el pasillo, pudo suponer que no íbamos a entrar y que, distraído por la charla con Rodrigo, no nos había advertido. Pero nadie dijo nada y no hizo falta.

Echamos un vistazo. Comprobé que de los reunidos en la comida del Anexo sólo estaba en la sala la diputada Araujo. Y cuando vi que ella se fijaba en mí, le hice una seña, le mostré el bloque de pañuelos arrugados que había compuesto y salí al pasillo, tras Rodrigo, que ya me precedía en retirada y se había disculpado por los dos.

Araujo salió detrás de nosotros y me saludó parándose ante mí:

- Buenas tardes. – dijo.

- Lo son.

Contesté y esperé a que Rodrigo, que es inteligente y la discreción en persona, se apartara de nosotros. Fui hacia la puerta del cuchitril en el que había encontrado los pañuelos arrugados, puse mi espalda sobre la hoja de la puerta y esperé a que la diputada se acercara. Ella echó los brazos abajo, como abatida, abrió los ojos cuanto pudo, se mordió el labio inferior con los incisivos superiores, tomó el bulto que yo le ofrecía, se empinó, acercó sus labios a mi oído y musito con una voz afable:

- Muchas gracias. No lo olvidare. Muchas gracias. Eres todo un caballero. No sé cómo agradecértelo. De verdad, muchas gracias.

- No te preocupes. Que tengas buena tarde. – me despedí.

Ella, con el bulto de papeles en la mano, fue hacia la derecha, pasó ante la puerta de las Salas Argüelles e Istúriz, llegó ante el aseo de señoras y se metió dentro. La seguí con la mirada y esperé a que se acercara mi amigo de cuitas, alergias y alegrías.

- No me entero de nada. Me das unos pañuelos de papel sucios. No los quiero. Entramos en una Comisión a la no debíamos haber ido. Te sacas a la Araujo, que por cierto está maciza a pesar de sus partos. Le das los pañuelos sucios y ella te pone el morro en la oreja y te dice algo. ¡Joder, tío! Y te acuerdas del ADN. Aquí hay gato encerrado.

- Tanto como eso. Digamos que de momento hay gato. Lo que no sé es si habrá ratones que cazar. Lo de que esté encerrado o no, eso ya se verá.

- Si es lo que me huelo, no me lo debes contar.

- Creo que no te lo debo contar.

- Sí. No me lo debes contar. Sabes que soy periodista.

- No te lo debo contar. Porque sé que eres periodista antes que nada. Y también porque a estas alturas del milenio aún hay alguien que cree que yo soy todo un caballero.

- Y a ti te gusta creértelo.

- Sí.

- Pero yo tengo que preguntártelo, aunque no me contestes ¿Por qué me hiciste ir a ver los pañuelos sucios de ahí?

- Porque quería que los vieras.

- Podías haberme dicho qué eran.

- Los tuviste en la mano. Ya los viste.

- Sí. Pero no sé qué eran. Me lo puedo imaginar, pero no lo sé. Lo que sé es que se los has dado todos a su cariñosa señorita.

- ¿Todos? ¿Todos los pañuelos? Vamos, hombre. Que tú eres periodista. Esa es una afirmación impropia de un buen periodista como tú. Es una simple conjetura tuya.

- ¡Serás cabronazo! No le has dado todos los pañuelos. Le has dado el bulto pequeño y te has quedado con el resto.

- Ésa es otra opinión tuya, que eres un periodista sagaz y malpensado.